

ORACIÓN

Dios de bondad y misericordia, Tú reanimas nuestra fe con la celebración anual de las fiestas pascuales, concédenos:

- abrir nuestros corazones y nuestras vidas a la PAZ que nos quiere comunicar cada día tu Hijo Jesús resucitado y Viviente,
 - recibir su Espíritu que nos dé vida, aliento y esperanza,
 - y sabernos “dichosos” por creer en Él a pesar de no verle con nuestros ojos.
- Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. AMEN.

TEXTO

LUCAS 10,25-42

«²⁵Y he aquí que **un legista** se levantó, tentándolo, diciendo: “**Maestro**, ¿qué **haré** para heredar vida eterna?”.

²⁶Pero **él** le dijo: “En **la Ley** ¿qué está escrito? ¿Cómo lees?”.

²⁷Pero él, respondiendo, dijo: “Amarás **al Señor tu Dios** con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu inteligencia, y a tu prójimo como a ti mismo”.

²⁸Pero le dijo: “Has respondido rectamente. **Haz** esto y vivirás”.

²⁹Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a **Jesús**: “¿Y quién es mi prójimo?”.

³⁰Acogiendo, **Jesús** dijo: “Una persona bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de bandidos, que también la desnudaron y la apalearon antes de irse dejándola medio muerta.”

³¹Pero, *por casualidad*, **un sacerdote** bajaba por aquel camino y, al verla, dio un rodeo.

³²Pero igualmente también **un levita**, yendo por el sitio, al verla dio un rodeo.

³³Pero **un samaritano**, estando en camino, fue por el mismo sitio y, al verla, **tuvo compasión** ³⁴y, acercándose, curó sus heridas derramando aceite y vino, pero, alzándola sobre su propia cabalgadura, la condujo a la posada y cuidó de ella. ³⁵Y al día siguiente, habiendo sacado dos denarios, se los dio al posadero y dijo: ‘Cuida de ella y lo que puedas haber gastado de más, **yo**, a mi vuelta, te lo reembolsaré’.

³⁶¿Cuál de estos tres te parece que se mostró prójimo de la [persona] que había caído en manos de los bandidos?”.

³⁷Pero él dijo: “El que **hizo misericordia** con ella”.

Pero le dijo **Jesús**: “Vete y tú **haz** lo mismo”.

³⁸Pero, yendo ellos de camino, entró **él** en una aldea. Pero **una mujer** de nombre **Marta** lo **acogió** [en casa].

³⁹Y ella tenía **una hermana** llamada **María** que, habiéndose sentado a los pies del **Señor**, **escuchaba** su palabra.

⁴⁰Pero **Marta** andaba atareada en *mucho servicio*. Pero, llegando de pronto, dijo: “**Señor**, ¿no te importa que **mi hermana** me haya dejado sola para *servir*? Dile, pues, que venga a ayudarme”.

⁴¹Pero, respondiendo, le dijo el **Señor**: “**Marta, Marta**, tú te preocupas y te agitas por muchas cosas. ⁴²Pero una sola es necesaria. Porque **María** ha escogido la parte buena, la que no le será quitada”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (10,25-37)

- La primera fase (vv. 25-28): «Y he aquí» señala el comienzo de un nuevo episodio. La distancia con lo anterior es bastante grande; Lucas sitúa al doctor de la ley, no en el grupo de los discípulos (Lc 10,23), sino en otro marco. Lucas sugiere con claridad una jerarquía: Jesús maestro conduce al legista, su alumno, en una marcha exegética y práctica decisiva. En efecto, al vocativo «maestro» (v. 25) responden las preguntas didácticas (vv. 26 y 36), las felicitaciones (v. 28) y los estímulos del profesor (vv. 28 y 37). El doctor de la ley que se levanta aquí ¿busca de veras la vida eterna? El movimiento del texto lo orientará, en todo caso, a una búsqueda auténtica (v. 37). Al comienzo de la historia parece más deseoso de probar a Jesús que de asegurar su porvenir. ¿O intentará justificarse (v. 29)? Por lo demás, todo girará en torno al «hacer». El de Jesús, el del doctor de la ley, el del sacerdote, el del levita y el del samaritano, lo mismo que en la siguiente perícopa, el de Marta y el de María (10,38-42).

Jesús lo remite a la Escritura. La primera pregunta anuncia la cita; la segunda, la parábola. El interrogativo «¿qué?» se refiere al texto; el «¿cómo?», a su interpretación. Para Jesús, buen judío, la respuesta no puede ser más que la de la Escritura (v. 26).

Lo será (v. 27) en una selección apreciada por los cristianos, pero también muy judía. En lo que se refiere al compromiso práctico, esto tiene que manifestarse en un doble amor, expresado en dos versículos de la ley de Moisés, Dt 6,5 (amor a Dios) y Lv 19,18 (amor al prójimo).

El «corazón» evoca la voluntad y la afectividad; el «alma», la vitalidad consciente y la sensibilidad espiritual; la «fuerza», la energía personal; el «pensamiento», la inteligencia. El autor de la Escritura, Dios, espera de los que ama una reciprocidad viva, intensa y duradera. Personas que no se dividan, corazones «enteros».

La respuesta del doctor de la ley satisface al Maestro (v. 28). *Todo está dicho, pero todo está aún por hacer.* La mirada se dirige en nuestros versículos al polo humano de la relación y no a su polo divino. El siguiente episodio, el de Marta y María (10,38-42) servirá para definir su articulación.

- La segunda fase (vv. 29-37): En la primera fase hemos visto al doctor de la ley en apuros. Si llevaba la iniciativa en el v. 25, aquí, en el v. 29, está a la defensiva. Quiere justificarse, que para Lucas significa no estar equivocado, ser admitido y reconocido ante los hombres y ante Dios. Desea una definición del prójimo que corresponda a su conducta habitual, sin duda restrictiva. Desea evitar el reproche implícito: «Tú no lo has hecho», contenido en el «Haz esto y vivirás» (v. 28). A través de la parábola Jesús le opondrá *la misericordia desinteresada*, expresión de otra justicia.

Jesús *acoge* la pregunta del legista «¿Y quién es mi prójimo?» y, en respuesta, narra la famosa parábola. Según la clasificación tradicional, esta forma parte de *los relatos ejemplares*, ya que concluye con una invitación a la imitación y está determinada por una visión objetiva y no imaginada de la realidad. Estos relatos ejemplares sirven de modelos didácticos. Pero como las otras parábolas de Jesús, tiene también *una función movilizadora*.

El v. 30 presenta la situación y narra cómo una persona llega a estar medio muerta. Sobre este fondo dramático desfilan dos personajes a los que una misma («igualmente», v. 32) casualidad («casualmente», v. 31) conduce a aquellos parajes. «Pasan» el uno y el otro (v. 31 y 32). Los dos pertenecen al mundo oficial y respetado del culto. *En contraste* con esas personas, con su identidad y su actitud, aparece un samaritano, una persona sin nombre y despreciada por su origen. Él no pasa, sino que se detiene y actúa: una serie de verbos precisos va describiendo sus gestos pausados y eficaces (vv. 34-35). Su actividad es la forma que escoge para expresar su compasión («tuvo compasión», v. 33).

Así pues, la estructura de la parábola es muy sencilla: a la situación dada (v. 30) responden dos actitudes contrarias (la mirada indiferente y la negligencia, vv. 31-32, por una parte; la mirada atenta, la compasión y la acción caritativa, vv. 33-35, por otra). La sorpresa proviene de la no-conformidad entre la identidad de las personas y su actitud. *El bien es practicado por aquel a quien se asociaba con el mal.*

El sacerdote habría terminado seguramente su servicio y regresaba a su casa. En vez de conjugar el amor al prójimo con el servicio de Dios, se olvida de la misericordia, complemento obligado de la piedad. Lo mismo ocurre con el levita, otro oficiante del templo, de rango inferior. Lucas los considera como inexcusables ya que, *después de haber visto* (vv. 31 y 32), los dos cerraron los ojos. No se encuentran con la persona herida, se ausentan, son inexistentes, están muertos al presente, retenidos por su pasado, atados por unas reglas rituales y unos impulsos egoístas. Pasaron sin detenerse.

El samaritano -conocemos la antipatía de los judíos contra ellos- pasa también por allí. También él ve a la persona herida (tercera mención al «ver», v. 33, después de vv. 31 y 32), pero a diferencia de sus dos predecesores se deja tocar, se llena de compasión. Se establece una relación entre la persona herida y el samaritano. El cuerpo vulnerable del uno despierta el corazón atento del otro. Le conmueven las entrañas, literalmente, aquellas huellas visibles de la desgracia. Y el samaritano se llena de solicitud. El verbo «conmoverse las entrañas», «llenarse de compasión», utilizado en otros lugares para evocar la condescendencia de Dios y de Cristo, designa aquí una conducta evangélica (vv. 33-35) que el doctor de la ley será llamado a imitar (v. 36). El samaritano comprende la situación, se acerca a la persona herida, sufre con ella e intenta aliviar sus dolores.

Los primeros cuidados del samaritano son tres: curar, transportar, albergar. Lucas los resume a continuación en el verbo «cuidar de». Cumplida su misión, traspasa a otros la antorcha, más concretamente al posadero (el mismo verbo: «cuida de él», v. 35). Su misión de auxilio, que se interrumpe entonces, prosigue al día siguiente (v. 35) de otra manera por un cuarto gesto, la entrega de dos denarios al posadero. Si el sacerdote y el levita no se preocuparon de detenerse ni un instante, el samaritano anuncia que volverá a pasar («en el camino de vuelta»; el viaje está condicionado por sus propios negocios).

La inversión en el uso de la palabra «prójimo» no se le puede escapar al lector. En el diálogo inicial el doctor de la ley buscaba a un prójimo a quien pudiera amar. En la pregunta de Jesús al resumir la parábola ya no se habla de un prójimo que corre el riesgo de convertirse en objeto, sino de una persona que *se hace* prójimo del herido, sujeto activo de una relación. Pero no habría que exagerar esta diferencia, ya que un prójimo es literalmente, tanto en griego como en nuestras lenguas latinas, un ser cercano: se trata por tanto de un término relacional; si se establece el contacto, los dos se hacen necesariamente cercanos el uno del otro, el prójimo del otro. Todo depende de las condiciones que permitan esta proximidad y de la naturaleza del vínculo que se establece. En ellas es en las que insiste la parábola.

La respuesta del doctor de la ley (v. 37) articula lo interior y lo exterior, es decir, el sentimiento («la misericordia») y la acción («el que hizo»). Subraya también la relación («con él», «respecto a él»). La evolución del doctor de la ley sigue adelante: primero polémico (v. 25), luego reservado (v. 29), establece finalmente una relación con Jesús (v. 37a). Su respuesta verbal está a punto de ser práctica (v. 37b). El legista y Jesús se han puesto finalmente de acuerdo. Con la pedagogía del maestro ha evolucionado el discípulo. Ha comprendido la nueva definición del prójimo a la que Jesús quería llevarlo. Con su afecto y discreción, Jesús ha sabido hacerse el prójimo del doctor de la ley.

SEGUNDA UNIDAD (10,38-42)

- He aquí a dos mujeres ante Jesús. Imposible no captar la resonancia de este texto en nuestros días, cuando los cristianos acuden a la Escritura para oír una voz favorable a la identidad y a la condición de la mujer. Imposible no estar atentos a la pregunta de nuestra época sobre el ministerio, y más especialmente sobre el ministerio ejercido por las mujeres. ¿No evoca la escucha de la Palabra (v. 39) el ministerio de la Palabra? Y el verbo «servir» (v. 40) ¿no se refiere al ministerio de las tareas diaconales? La «marcha» de Jesús y los discípulos, la «acogida», el «servicio» y las «tareas» de María, María «sentada a los pies del Maestro», así como su «escucha de la palabra», evocan sin duda realidades eclesiales, pero no responden directamente a las preguntas que nos planteamos. Lucas narra aquí un episodio al mismo tiempo real e ideal, concreto y ejemplar. La estructura es ternaria: 1. La acogida de Jesús, invitado (v. 38). 2. Las disposiciones que adoptan María y Marta (vv. 39-40a). 3. La queja de María y la réplica de Jesús (vv. 40b-42). María, el personaje central, no abre los labios.

- V. 38: Jesús entra en una aldea y María lo acoge en su casa. En el judaísmo no se veía bien que una mujer administrase sus bienes, dirigiera su casa y sobre todo que acogiera en ella a un hombre (4Mac 18,7 pone por ejemplo a la madre de los siete mártires que, antes de su matrimonio, no recibió ni una sola visita masculina, ni siquiera en presencia de sus parientes). Lo mismo que Lidia brindó hospitalidad a Pablo (Hch 16,15), también Marta acoge a Jesús bajo su techo. Su casa tiene que hacer pensar en una Iglesia doméstica. «Acoger» implica la hospitalidad, con toda su generosidad y según todas sus reglas.

- Vv. 39-40a: Vinculada por la sangre a su hermana Marta (v. 39a), María está sobre todo asociada a Jesús por la elección y el afecto (v. 39b). Sentada a los pies del maestro, adopta una actitud de discípula: con todo su ser, escucha la palabra de Jesús. El evangelista sugiere una presencia atenta y amorosa, una concentración de María en lo esencial. El judaísmo admitía y exigía incluso la fe y la obediencia religiosa de las mujeres. Pero ¿las autorizaba a acudir a la escuela de los maestros de la Ley? Este permiso, menos improbable de lo que a veces se ha creído, debía de ser sin embargo algo excepcional. Jesús ciertamente chocó a sus correligionarios por la acogida que reservó a las mujeres en el círculo de sus discípulos. Después de la presentación, armoniosa y simétrica, de la acogida de Marta y de la escucha de María, viene una descripción quizás crítica que anticipa la sentencia de Jesús (v. 41). Primer elemento: la superactividad de Marta. El verbo usado es un verbo muy raro que significa «estar en tensión por todas partes», «estar absorbido», «estar inquieto», «estar distraído». Contiene, por tanto, los sentidos complementarios de estar alejado de una realidad y absorbido por otra o por otras muchas. Marta, a los ojos de Lucas, está, pues, absorbida por múltiples tareas. Pero Marta es ama de casa (cf. «en su casa», v. 38). Es explicable su actitud, sobre todo si se piensa que ella sabe que está acogiendo a un huésped de categoría. En ese caso, el cuadro distingue, por contraste, dos actitudes, la segunda de las cuales es mejor que la primera. Por otra parte, si su afán se apoya en una preocupación legítima, responde quizás también a una solicitud mal encuadrada. Segundo elemento: «múltiple», traducido por «mucho», al que responderá la realidad «única» (traducido por «una sola cosa») evocada por Jesús. Marta hace demasiadas cosas. Su «servicio», que podría y debería ser positivo, se ve afectado por ello. No es la acogida de Marta ni su intención de servir lo que cae bajo el golpe de la crítica, *si es que hay crítica*, sino el exceso de sus quehaceres y los afanes que están en su origen. En el texto no se opone la diaconía de las mesas a la diaconía de la palabra, sino que establece la una y la otra como dos actitudes espirituales.

- Vv. 40b-42: Marta, que concibe su actividad como un servicio, se siente sola, abandonada por su hermana. Por eso se presenta de pronto («sobreviene»; cf. 2,38) para quejarse ante el Maestro. En su cansancio y en su soledad la toma con Jesús, criticando su indiferencia («¿No te importa...?»), y con María («¿... que mi hermana me haya dejado sola...?»). La respuesta de Jesús toma la forma, no tanto de una crítica, sino de un diagnóstico. Severo a primera vista, intenta *conducir a Marta a lo esencial*, a esa parte única y prioritaria que María ha escogido espontáneamente. Es «el Señor» y no «Jesús» el que responde. Su respuesta, que se dirige a Marta a nivel narrativo, apunta a cada uno de los lectores a nivel normativo. «El Señor» no recoge el vocabulario de la diaconía, situando por tanto el debate fuera de un marco ministerial. Toda su reflexión recae en los afanes y en la agitación de Marta. Ella se quejaba de una falta de atención de Jesús. Él la invita a la reflexión, afectuosamente, como indica la duplicación: «Marta, Marta, tú te inquietas y te agitas...». «Inquietarse» es un verbo muy rico en implicaciones. Las múltiples preocupaciones han dado lugar a un desbordamiento de la actividad. En una palabra, el texto evoca con precisión un peligro de la vida cristiana: las preocupaciones que uno se busca, aislándose de Cristo y de la comunidad, así como las mil y una actividades que despliega para llevar a cabo. La oposición recae sobre las preocupaciones de este mundo frente a la fe. La «parte buena» que ha escogido María recuerda a la «tierra buena» de la parábola del sembrador (8,8). Lo que María es y lo que hace corresponde a la voluntad de Jesús y recibe su aprobación. Jesús es designado aquí como «el Señor» y el relato, narrativo, es también normativo. Dice lo que es y lo que

debe ser. El lector se siente interpelado, situado en la encrucijada de dos caminos: «escoger» expresa la libertad; «lo que no le será quitado», la importancia.

La «parte» escogida por María es, en aquella situación concreta, la presencia del Señor y la escucha de su palabra. Esa parte es «buena», ya que corresponde a la voluntad de Dios y de él recibe su calidad. En el nivel redaccional, el texto se refiere a la fe atenta frente a las preocupaciones humanas. Pero no hay que infravalorar la doble mención de la diaconía en el v. 40 y el paralelo que constituye con Hch 6,2-4. Lucas no distingue entre una María que predica y una Marta que sirve, sino entre una María que escucha y una Marta que se afana en el ejercicio de la hospitalidad. De esta manera, a través de la imagen de María concede un lugar a las mujeres en la comunidad, y por la imagen de Marta afirma que no toda diaconía de las mesas es adecuada. Ciertamente bienvenido al principio, este servicio es incluso indispensable. Sin embargo, este ministerio no debe separarse de la fe. Iría a la deriva si dejara de alimentarse de la palabra del Señor y se alimentara solo de un sentido autónomo del deber o de una preocupación individual de obrar bien. A Lucas lo que le importaba no era responder a la cuestión del ministerio, sino recordar *la prioridad* de la palabra de Dios y de su escucha. Solo la fe, a sus ojos, permite comprender que antes de servir tenemos que aceptar ser servidos por Cristo. La preocupación por servir, incluso al mismo Dios, no puede venir más que en segundo lugar. Las mujeres y los hombres deben comprender primero que el Señor les presta atención, que ha venido a servir (22,27) y no a ser servido (Mc 10,45). Sumergida en sus propios afanes, Marta se olvidó de que el Señor se preocupaba de ella. Marta aprende de Jesús que puede poner sus preocupaciones en sus manos y en las manos de Dios (1Pe 5,7).

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?